

PRESENTACIÓN

Cualquier persona que conozca, aunque sea de una manera somera, a José Antonio Pascual sabe que es poco amigo de reconocimientos, por más que su incondicional entrega a la Filología y la excelencia de sus trabajos le hayan granjeado numerosas distinciones. Uno de sus afanes, en este sentido, ha sido mantenerse siempre en un segundo plano, alejarse del bullicio público y concentrarse en los numerosos quehaceres académicos que siempre ha tenido entre manos. Por descontado que pocas veces o nunca lo ha conseguido, a pesar de su perseverancia. En parte, porque su bonhomía y su generosidad le obligan a tomarse como un asunto propio cualquier consulta que se le proponga, de tal forma que es capaz de hacer que «el otro» se sienta, no solo cómodo ante alguien que le escucha con atención sincera, sino también como una pieza fundamental en el progreso de la lengua española. En parte, porque concibe la investigación como una suma de fuerzas —ninguna torre de marfil ha tentado jamás su anhelo—, como una auténtica actividad multi- e interdisciplinar, lo que le conduce inexorablemente a embarcarse en mil y una aventuras. Ello, si hemos de ser sinceros, ha servido para cohesionar y articular a buena parte de nuestra comunidad científica, perteneciente a los ámbitos de la Lingüística y de la Lexicografía diacrónicas. Desde la creación del Centro de Investigaciones Lingüísticas de la Universidad de Salamanca (CILUS) hasta los tiempos actuales del *Nuevo Diccionario Histórico de la Lengua Española (NDHE)*, una de sus actividades primordiales —y una de sus enseñanzas más importantes— ha sido buscar el apoyo de distintos equipos nacionales e internacionales y fomentar sinergias, convencido de que los grandes retos que aún debe afrontar la ciencia hispánica tienen que estar cimentados tanto en la renovación metodológica como en el trabajo en grupo. O lo que es lo mismo, que hoy resulta tan poco práctico componer un repertorio léxico siguiendo el estricto orden alfabético, como querer hacerlo individualmente, ya sea en la soledad de un despacho, ya en la impuesta por los muros —físicos y mentales— de cualquier institución.

El volumen que hoy ve la luz también tuvo origen en una de sus ideas más recurrentes: la necesidad de un nuevo diccionario etimológico que, sin renunciar a todo lo bueno —y es mucho— que tiene el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico (DECH)* de Joan Corominas, subsane sus deficiencias y complete sus vacíos con el auxilio de los estudios realizados a partir de 1991; de los modernos corpus, bibliotecas digitales y bancos de datos léxicos; y de las más recientes, y en ocasiones sorprendentes, herramientas informáticas. Él, como

colaborador único del gran filólogo catalán en la segunda edición de la obra, es consciente de las limitaciones y de la precariedad que rodearon su gestación. En prólogos y artículos, así como en charlas personales en las que a muchos nos embarga una infantil expectación, ha narrado las aventuras y desventuras del maestro durante el exilio, ha descrito su férrea disciplina de trabajo y ha puesto de manifiesto la validez, hasta ahora incuestionable e incuestionada, de muchas de sus conclusiones. No obstante, su fidelidad y su lealtad no le han impedido señalar —como ya hiciera, por otro lado, el propio Corominas— algunos de sus puntos débiles, entre los que destacan un cierto desorden en la presentación de los datos, la falta de coherencia a la hora de citar las distintas fuentes y la desatención de una gran parte de términos —fundamentalmente derivados y compuestos— y de su interrelación con los distintos miembros de cada una de sus familias léxicas. Se trata de palabras, en definitiva, que solo pueden encontrar su etimología a través de la historia, como el propio Pascual ha señalado en muchas de sus últimas publicaciones.

Con estas premisas, en 2012 se solicitó al Ministerio de Economía y Competitividad el proyecto titulado *Nuevo Diccionario Etimológico de la Lengua Española*, al que, tras su concesión, venimos dedicando nuestros esfuerzos, junto con los desvelos del propio José Antonio, que tuvo a bien sumarse a nuestro equipo de investigación. Un trabajo lento —quizá demasiado— que ha vuelto a evidenciar la inmensidad del *DECH* y la grandeza de sus autores. En este sentido, una lectura superficial de cualquiera de sus entradas muestra una apabullante visión panlingüística y una no menos abrumadora capacidad de engranar datos de muy distinta índole; cualidades que, por otro lado, están reservadas a unos pocos cerebros privilegiados. Pero un análisis minucioso del contenido, con el bisturí en la mano, revela todo el entramado que cimenta cada hipótesis, sustentado, a su vez, en mil y una lecturas, en el intercambio científico con otros colegas y en una intuición sutil a la par que certera. Particularidades que en esta era de las nuevas tecnologías, y en un momento en el que el investigador puede tener acceso a casi todo a través de Internet, aquilatan aún más si cabe su valor y empequeñecen cualquiera de nuestras pesquisas.

En el transcurso de este camino se consideró perentorio atraer a otros investigadores, mostrarles el trabajo que estábamos desarrollando y animarlos a sumarse a nuestra actividad, bien a través de colaboraciones puntuales, bien con trabajos más a largo plazo. De ahí surgió la idea de editar una obra colectiva en la que estuvieran representados los principales grupos de investigación que en estos momentos centran sus esfuerzos en la etimología y en la historia del léxico, incluido el del *NDHE*, que representa la mayor aspiración de la historia de la lexicografía española y cuyas muestras dan fe de que se marcha en el rumbo adecuado. Por una parte, sería un retrato fiel de la situación científica actual; por otro lado, nos permitiría vislumbrar sus derroteros y, de esa manera, conocer de primera mano lo que podría aportarse a nuestro diccionario y las necesidades que este, en pleno siglo XXI, debería atender. Es de recibo agradecer, y mucho, la

buena acogida que tuvo desde el principio la propuesta y el entusiasmo que generó, aunque estamos convencidos de que la mera mención del nombre de José Antonio Pascual como uno de los editores fue un aliciente importante para ello.

A medida que títulos, resúmenes y trabajos comenzaron a llegar a nuestras manos, una vieja idea, que creíamos ya desterrada para siempre, volvió a acaparar insistentemente algunas de nuestras conversaciones. ¿Por qué no dedicar nuestros estudios a José Antonio, como muestra de admiración, de respeto y de gratitud? ¿Acaso no es merecedor de un obsequio semejante? Tras muchos debates, solo una cuestión nos amedrentaba: la negativa que él mismo ha manifestado en numerosas ocasiones a un posible homenaje y su voluntad —férrea y amenazadora— de pararlo apenas tuviera conocimiento del mismo. Situación que contrasta, y de qué manera, con la cantidad de hilos que ha devanado y de eventos que ha promovido para agasajar a otros compañeros. Sin embargo, por aquellos mismos días, en concreto el 25 de marzo de 2015, se celebró en la Facultad de Filología de la Universidade da Coruña el encuentro *Glosa de José Antonio Pascual*, en el que Juan Gutiérrez Cuadrado, Ramón Santiago Lacuesta, José Ramón Morala, Rosa Navarro Durán, Jesús Pena, José Ignacio Pérez Pascual, Paz Battaner, Mar Campos Souto, Pilar Salas Quesada y M.^a Pilar Garcés reseñaron la figura y la obra del festejado por sorpresa —solo la noche anterior al evento fue informado del verdadero objetivo de la reunión—. Admitimos sin reparo alguno que dicho acto nos dio el último pequeño-gran impulso que necesitábamos.

Hemos de estar agradecidos por varios motivos a los cincuenta y ocho colaboradores que han hecho posible este libro. En primer lugar, por asumir con nosotros, de una manera unánime, el cambio de rumbo del proyecto original y por animarnos siempre a seguir hacia adelante cuando les hemos expresado nuestros escrúpulos. En segundo término, por la absoluta discreción y por el sepulcral silencio que han observado; por muy difícil que sea de imaginar, sobre todo teniendo en cuenta el número de personas involucradas en ella, no nos consta que José Antonio haya tenido noticia de esta empresa. Finalmente, por su paciencia para con nosotros y la estoicidad con que han sufrido nuestras sugerencias, comentarios y correcciones con el fin de lograr un cierto equilibrio en la presentación de los trabajos. Ello ha supuesto, y así habrá que reconocerlo por más que nos pese, meses de engaño, de disimulo y de maquinaciones sin número —que esperamos nos sean perdonadas con la generosidad habitual—, pero también de esfuerzo ilusionante, de aprendizaje y de encuentro con viejos y nuevos amigos.

Así pues, no es este un homenaje —al uso— ni pretende serlo, lo cual, de alguna forma, deja abiertas las puertas a otros tributos futuros de los que, estamos convencidos, es merecedor el cosmopolita maestro de Monleras. En efecto, todos los trabajos están unidos por una línea temática común: la etimología y la historia del léxico, lo que lo convierte en un auténtico monográfico. La clasificación de las diferentes contribuciones se ha hecho en torno a cinco

grandes epígrafes: 1. Diccionarios, 2. Léxico, 3. Léxico técnico, 4. Morfología y sintaxis, y 5. Variedades del español y lenguas en contacto, a los que se suman una bibliografía completa de José Antonio Pascual y una emotiva semblanza personal que han realizado Marina y Miguel Pascual Olaguibel. La organización, como en cualquier circunstancia similar, responde a unos criterios temáticos amplios y generales, lo que significa que algunos artículos bien podrían formar parte de otra sección; no obstante, en los casos que hemos considerado más delicados, se ha consultado al autor o a los autores y se ha optado por respetar su propuesta. Representan, en definitiva, buena parte de los palos que a lo largo de su dilatada carrera científica ha tocado Pascual y, así mismo, una especie de visión del futuro de la disciplina.

Este volumen coral no pretende ser, por consiguiente, más que una muestra de gratitud —en realidad, cincuenta y una pequeñas demostraciones— hacia el filólogo que continúa espoleando nuestras conciencias de investigadores-detectives; hacia el maestro atento y benévolo, que cuida a todas y cada una de las ovejas de su redil; y, cómo no, hacia el amigo de conversación afable y sonrisa perenne con el que es un placer compartir este camino filológico que un bendito día elegimos recorrer.

Los editores